



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA, S. L. U.
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director General: José Manuel Lozano Orús

Director: Miguel Iturbe Mach
 Subdirectores: Encarna Samitier (Opinión), Ángel Gorri (Información). Redactores Jefe: Enrique Mored (Aragón), Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. España,

Mundo y Economía: José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino
 Comercializa: Metha. Gestión & Medios, S. L.
 Imprime: Impresa Norte, S. L.
 Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón, S. L.

LA FIRMA | La muerte de Francisco Giner de los Ríos causó, en 1915, una profunda impresión en la vida intelectual española. Con la creación de la Institución Libre de Enseñanza, Giner inició una senda que continuamos cien años después
 Por José-Carlos Mainer

En el centenario de Giner de los Ríos



POL

HOY, 18 de febrero, se cumplen cien años de la muerte del pedagogo y jurista Francisco Giner de los Ríos (1839-1915), fundador de la Institución Libre de Enseñanza. La noticia, no menos dolorosa por esperada, conmovió a muchos españoles de entonces. Antonio Machado escribió un famoso poema elegiaco del que todos retenemos aquel verso tan solemne, «Yunque sonad, enmudeced campanas», quizá sin reparar en lo que tiene de apelación al laicismo radical que Giner representaba. Pero Azorín, tan maurista y políticamente comedido a la sazón, no dudó en escribir que «el espíritu de la Institución Libre –es decir, el espíritu de Giner– ha determinado el grupo de escritores del 98; ese espíritu ha suscitado el amor a la naturaleza, y consecuentemente al paisaje y las cosas españolas, castellanas [...]». Desde el cuidado del vestir hasta el amor a una vieja ciudad o a un poeta primitivo, iqué gama tan fecunda y humana de matices y aspectos debe la cultura española a este viejecito [...]». Unamuno le llamó «el Sócrates español» que «inquiría, preguntaba, objetaba, obligábanos a pensar». Ortega y Gasset reconoció que «ha sido don Francisco Giner el único manantial de entusiasmo que hemos hallado en nuestro camino». Emilia Pardo Bazán, católica ferviente, escribía que su amistad no nació de «similitud de ideas» pero que «no he visto a nadie más alegre, más animoso, más infantilmente enamorado del vivir. Su alegría era la de un franciscano de los primeros tiempos, al cual la desgracia de los nuestros hizo un heterodoxo».

Ninguna otra de las exequias españolas del momento –ni siquiera las de Joaquín Costa en 1911, y no digamos las de Marcelino Menéndez Pelayo en 1912– concertó tal número de elogios. Giner no había sido nunca un orador inflamado, ni un hombre de manifestos, ni de tertu-

lias o conspiraciones. Menos todavía fue una influencia aviesa ejercida a partir de un culto beato a la personalidad, atributo que más bien ha sido cosa de sus enemigos de siempre (la Universidad de Zaragoza de 1939 tiene el dudoso honor de haber promovido las conferencias que formaron el volumen 'Una poderosa fuerza secreta: la Institución Libre de Enseñanza', que vino a ser el pedimento fiscal que impulsó la represión de los años posteriores). El espíritu de Giner estaba templado en una sólida formación jurídica, quicio del pensamiento progresista en el siglo XIX, a la que añadió la huella del idealismo filosófico alemán (con su toque de misticismo laico y de cierta pasión romántica) y su personal convicción de que la política pura no era remedio suficiente para el atraso del país. Soltero por decisión personal (y quizá dolorosa), vivió con modestia espartana en casa ajena, la que ocupaban su discípulo y sucesor Manuel Bartolomé Cossío y su familia, que era a la vez la sede de la obra de su vida: la Institución Libre de Enseñanza.

El poeta Jorge Guillén recordó en un precioso poema de 'Homenaje' que las palabras que componen la denominación dieciochesca de 'Sociedad Económica de Amigos del País' lo dicen todo sobre su referente: basta pronunciarlas con clara conciencia y suficiente lentitud. Al-

«A aquella escuela de 1876 –que lo fue, a la vez, de los chicos del barrio y de los vástagos de familias acomodadas liberales y progresistas de Madrid– le debemos la reforma espiritual de España»

go similar sucede cuando evocamos la Institución Libre de Enseñanza, de 1876. Al mentarla, hablamos de 'enseñanza' –esto es, de 'conocimiento' y no de 'emprendimiento' o de 'adaptación al mercado laboral', como quiere el vacuo legislador de hogaño–, de la condición de 'libre' como dignidad irrenunciable, de 'institución' como forma de dar eficacia a un proyecto moral. A aquella escuela de 1876 –que lo fue, a la vez, de los chicos del barrio y de los vástagos de las familias acomodadas liberales y progresistas de Madrid– le debemos la reforma espiritual de España: la enseñanza persuasiva y práctica, el cultivo del deporte y del excursionismo, el gusto por la canción folclórica, la creación de las colonias escolares de vacaciones, la promoción de congresos de pedagogía. Luego, cuando la Institución se consolidó, vino su participación en iniciativas trascendentes. Otros –siempre bajo la tutela de Giner– crearon la Junta para Ampliación de Estudios, de 1907, y sus centros de investigación, o idearon una Residencia de Estudiantes (1910), que pronto tendría una gemela Residencia de Señoritas.

En 1915 murió Giner pero alboraba todo lo que había hecho posible... Aquellas navidades de 1914, el maestro había decidido regalar a los hijos de sus amigos y discípulos ejemplares de 'Platero y yo', de Juan Ramón Jiménez, recién aparecido. El poeta, que lo visitó en su lecho de muerte, no lo olvidó nunca y lo contó con emoción. Y unos días después, el 26 de febrero, le consagraba su epitafio: «Parece que hubiese ido encarnando cuanto hay de tierno y de agudo en la vida: la flor, la llama, el pájaro, la cima, el niño... Ahora, tendido en su lecho, cual un río helado que le corriera por dentro, es el camino claro para el recorrido sin fin». En esa senda estamos cien años después...

HOY, MIÉRCOLES 18
 Encarna Samitier

COMPLICIDADES INACEPTABLES

HAY cosas que nunca cambian, y ahí está el gesto de asco de José Ignacio de Juana Chaos. El etarra no varía el rictus, sea para poner bombas, sea para poner licores en Chichiriviche, enclave costero de Venezuela que evoca los relatos de Hemingway. De Juana está reclamado por la Justicia española por un delito de enaltecimiento del terrorismo. Y que logren sentarlo en el banquillo por esta causa es la única esperanza de que añada algunos años entre rejas a los 18 a los que se redujo su condena de más de 3.000 años por su participación en 25 asesinatos. En la polémica sobre el nuevo código penal, De Juana es, a su pesar, un alegato a favor de la cadena perpetua revisable para los terroristas que no se arrepienten: no ha mostrado el mínimo signo de dolor por sus crímenes. Al contrario, ha dicho a la sociedad que no quiere reinsertarse ni convivir en paz. Convertido en licorero de Chichiriviche, pendiente de eludir una orden de busca y captura, libre pero prisionero de su odio, la vida del terrorista no es envidiable. Pero es de justicia que vuelva y responda por el delito que le imputan. Eso, si el Gobierno de Venezuela rectifica sus complicidades inaceptables y colabora con España.

CON DNI

Alejandro E. Orús

Desde la distancia

«LA distancia es una formalidad, la mente no la tiene en cuenta», decía Saul Bellow. Pero ahora algún periodista titula que los asesinos del Estado Islámico decapitan a cristianos coptos a 300 kilómetros de Europa. Puede que la distancia no tenga importancia, pero nos estremecemos ante los terroristas de la yihad que atentan en París o Copenhague mientras las matanzas en nombre del islam de Boko Haram en el corazón de África apenas consiguen hacerse un hueco entre las noticias. Nace de ahí una cierta mala conciencia muy europea, aunque se trate de una reacción natural que surge de nuestra identificación con valores y formas de vida. La distancia también nos ayuda a sobrevivir en una realidad que de otra forma sería insoportable.

En el equilibrio de las cosas se encuentra la distancia. Ni muy lejos ni muy cerca: de los sitios, de las personas, de los sentimientos. Baroja, que era un nihilista, lo explicó en parte con aquella sentencia, lue-

go muy repetida, de que el nacionalismo se cura viajando. Resulta higiénico alejarnos de cuando en cuando y tomar perspectiva. También de este Aragón apático que desde dentro parece a punto de deshacerse entre jirones de niebla, voladas de cierzo y nubes de polvo. En ese sentido, el atávico fatalismo aragonés es una carga que oculta una pequeña esperanza, la de que solo sea cosa de nuestra mirada, de los que permanecemos pegados a la tierra.

Desde la distancia de Madrid, en sus últimos años, Santiago Ramón y Cajal se dedicaba a pasear por el Retiro, a dictarle a su secretaria y a leer, entre otras cosas, el HERALDO. Ahora que se ha publicado un nutrido epistolario del científico aragonés, sabemos que Gregorio García-Arista le envió recortes de lo que publicaba en estas páginas y don Santiago le respondió agradecido pero explicándole que ya le leía «con interés y deleite» gracias a que el director le enviaba el periódico. La distancia transforma la lectura del HERALDO como transforma la percepción de la realidad. Lo que preocupaba a Ramón y Cajal por entonces, según escribe a García-Arista, era la «indiferencia suicida» con la que se asistía a la «disgregación de España». La distancia –y también el tiempo– que nos acerca y aleja de las cosas con sus propias reglas.